

ROAD STORY

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

©2007, Alberto Fuguet y Gonzalo Martínez

Derechos exclusivos de edición:

© 2025, Editorial Planeta Chilena S.A.

Avenida Andrés Bello 2115, 8° piso,
Providencia, Santiago de Chile.

1ª edición: octubre de 2007

1ª reedición: julio de 2025

Trama de grises: Demetrio Babul
Asistentes de Arte: Steffanee Marín
y Rodrigo González

ISBN: 978-956-6398-23-3

RPI: 74.372

Impreso en:

Alberto Fuguet - Gonzalo Martínez

ROAD STORY

PUEDO PARTIR ASÍ: como partí cuando presenté el prólogo (¿o la introducción?) de la versión-interpretación-adaptación del primer *Road Story: una novela gráfica* de Gonzalo Martínez. Fue allá por el 2007, en un tiempo aún sin dominarse por la hiperconexión, tal como la historia que se ilustra a continuación. Aquí brillan por su ausencia las redes sociales y los GPS. Nada de miradas retro en esta historia; entonces simplemente no existían y la vida funcionaba igual, capaz que mejor, o al menos distinta. En *Road Story* el personaje viaja (deambula, huye, se arranca de sí mismo) de manera física y no puede postear nada para compartir con los que están lejos, atentos, expectantes. Lo escribí en un presente distinto a este y se ilustró respetando la época histórica (comienzos de los noventa, o sea, el fin del siglo pasado). Otra era, claramente. Era otra era y no fue ni hace tanto.

Podría seguir y agregar algo más acerca de cómo leo o cómo se lee (como se ve, en rigor, porque este libro se mira, se siente, se fisgonea, se huele) algo que, en su momento, fue contemporáneo y dejó de

serlo. Me parece que sigue siendo relevante, actual. Conecta y conecto. Por eso y por algo se reedita: porque, por un lado, se agotó, y porque ahora las novelas gráficas son parte del canon, tienen su *target*, su nicho, su espacio en las librerías. Ha pasado el tiempo y han pasado cosas. Les pasan cosas a los libros, a los autores, a los lectores; el contexto cambia, las historias que se relatan a veces mutan sin que nada se altere del todo. ¿Qué les sucede a los personajes? Es de esperar que poco: que resistan el paso del tiempo y, a su vez, que se complejicen. Me intriga también que el cuento toca o explora varios temas que ahora importan más que cuando apareció en su primera versión en la polémica *McOndo*. Quizás, ahora lo veo, lo verdaderamente ruidoso o vanguardista era lo otro: lo liminal, lo ambiguo, el tema homoerótico y de género, la identidad, lo latino, lo fronterizo, el lazo entre Estados Unidos y México, los roles masculinos y femeninos, la frontera y las fronteras, lo pop, la importancia de la cultura popular de Hollywood en América Latina, el espanglish, la manera posible de leer y adaptar y afanar a Manuel Puig.

No es que se cambiara, pero sucede que a veces el cuento cambia. Para eso transcurre el tiempo: para leer de otro modo, para ver lo que antes no vimos. Quizás ahora sea mejor. Algo me dice que sí. La distancia tiene la gracia de otorgar calma, perspectiva, todo se ve distinto y a veces se ve mejor. Simón ahora es más fuerte. Sin duda que lo es; más de doce años más viejo, al releer esta novela gráfica me parece que está doce años más conectado, al día, al tanto. Su soledad y su melancolía son muy de nuestros días. Lo que partió como un tipo perdido, a la deriva, por ahí por 1995, ahora lo veo como un *millennial* (capaz que como un *centennial*) deambulando por un desierto que, en una suerte de penitencia, se desenchufó a propósito de todo lo que supuestamente nos conecta.

* * *

Ahora voy a dejar de escribir desde el *ahora* y partiré (*copy + paste*) con lo que hice cuando se lanzó, en octubre del 2007, esta existencialista novela gráfica caminera (porque eso es, ¿no?) que Gonzalo Martínez dibujó con tantos detalles precisos, un trazo seguro, una inspiración muy cinematográfica y una empatía hacia el protagonista que me conmueve y agradezco. Reproduciré lo que escribí hace ya más de una docena de años, cuando no sabía muchas cosas de las que iban a pasar respecto a mí ni menos de lo que pasaría con este libro. Experimento y apuesta que, dicho sea de paso, fue la primera novela gráfica que se editó en Chile (al menos por una editorial grande, dicen). Luego continuaré, agregaré algo más, algo así como una adenda.

Vámonos entonces al año 2007 y a un apart-hotel blanco y helado con vista

al balneario municipal de Antofagasta (donde intentan domar el Pacífico y hay una balsa), desde donde despaché el prólogo inicial mientras trataba de preproducir una película que también era caminera y ligada al desierto y que al final nunca se hizo y se perdió.

EN EL CAMINO

Años atrás, leí un perfil de Anthony Hopkins en *Vanity Fair* donde confesaba que, como rito, luego de terminar un rodaje intenso, sobre todo aquellos donde “dejaba algo personal en el set”, le gustaba arrendar un auto y partir de viaje, lo más lejos posible, sin ruta previa, sin plan, ni menos reservas de hoteles, con la sola y respetable idea de recorrer los caminos y, sobre todo, dejando atrás el pasado, aunque solo fuera por un rato. Me acuerdo perfecto de que anoté esa idea, ese título (“escribir una *road story*”) y un borrador de la primera frase (“los paréntesis son como boomerangs”). Tal como sucede tantas veces, no pasó nada más, aunque siempre me quedó dando vueltas lo de escribir un cuento caminero, inspirado, sin duda, por mi lectura posadolescente de *En el camino* de Kerouac; pero, por sobre todo, por mi fetiche con todas esas películas acerca de carreteras y rutas que había visto con algo más que devoción.

Por ese entonces me propuse escribir algún día una película ambientada en la ruta 5 Norte (al final fue *En un lugar de la noche/Dos hermanos*) y luego una historia sobre la americanísima, y quizás sobremitificada Route 66 (*Road Story*). De paso, no sé cómo, apareció una obra de teatro ambientada en Temuco llamada *Cinco Sur* que transcurría a la orilla de la ruta.

Después, no tengo claro qué pasó, pero sí que recorrí, en parte, los caminos que

terminó eventualmente transita Simón, el protagonista de esta narración. Esto fue después de mi estadía creativa en el taller de Iowa y después de ver un programa doble en el cine-arte de la ciudad: *París, Texas* (cómo quise una vez a Wim Wenders) y la inesperada y quizás-demasiado-estilizada-y-ondera *Two Lane Blacktop* de Monte Hellman. Esa vez me subí en un tren en la bella Union Station de Los Ángeles y me bajé en San Antonio, Texas; otra vez, rumbo a no sé dónde, pero conduciendo un auto arrendado, pasé y me alojé en un pueblo con el improbable nombre de Truth or Consequences, y me acuerdo de que, en la bencinera del lugar, saqué mi libreta y anoté: “nombre para un cuento: TorC”.

El Congress Hotel existe y está en Tucson, Arizona, pero solo pude conocerlo después de que apareció en mi novela *Por favor, rebobinar*. Un amigo (Sergio Paz, ya se puede decir) vivió ahí un tiempo luego de que lo patearan, y un chico que una vez conocí en un avión me habló de ese hotel toda una noche. Quizás por eso ese hotel se volvió mítico para mí, hasta que finalmente lo conocí y me sedujo más de lo que esperaba, pues siempre lo que uno espera es inferior. En este caso, el Congress fue —es— levemente superior a lo que había amasado en mi imaginación. En uno de esos viajes hice lo posible por alojar en el Congress, y recuerdo que también traté —sin suerte— de escribir un cuento ambientado ahí mismo, pero había demasiada onda: Sonia Braga y Edward James Olmos estaban alojados, filmando una mala película por ahí cerca, y las bandas indie tocaban hasta las tres de la mañana en el Club Congress, del primer piso, justo debajo de mi habitación con un ventilador en el techo. Exploré, me exploré, conocí gente, tomé mucho

en bares, leí, estuve mucho tiempo solo, me iba al barrio universitario, me quedaba en los parques, caminaba tanto bajo el sol implacable de Tucson como bajo su misteriosa luna.

Mirando las pruebas y los avances de esta novela gráfica de Gonzalo Martínez, no puedo dejar de pensar en las muchas versiones y finales y remixes y cambios (chico-conoce-chico o chico-conoce- chica, ¿qué es mejor?) que tuvo este cuento largo (o *nouvelle*), y en cómo fue mutando hasta llegar a su edición definitiva en el libro *Cortos*, con el simple aunque extranjerizante (pero global) nombre de “Road Story” —una versión muy 1.0 del cuento se publicó, en efecto, antes de tiempo como “La verdad o las consecuencias” en la antología *McOndo*—. Lo otro que pienso, y me alegra, es que, para mi sorpresa, la de *Cortos* no fue, para nada, la última. Lo que leerán (o verán) a continuación es la más reciente versión de “Road Story”. La de ese 2007.

O quizás la palabra precisa sea *adaptación*. Porque eso es lo que es: una adaptación. Llevar la historia, la esencia, los personajes, de un medio (el literario) a otro (el cinematográfico). Así lo veo, al menos. Porque lo que Gonzalo Martínez ha realizado es una adaptación al cine sin filmar, sin tener que locacionar, usar actores o grúas. Pero el resultado —la experiencia— se parece mucho a la de ver una película y ahora entiendo más (aunque quizás un poco tarde) la seducción que ejerce en lectores nuevos o en lectores algo decepcionados esto que se llama novela gráfica. Podría decir muchas cosas, cosas que otros han dicho o podrían decir mejor, pero lo más sorpresivo de este *Road Story*, el de Gonzalo Martínez, es que se lee de una, de un tirón, al toque. Tal como en el cine. No tengo idea de cuánto se demora

uno en leer el cuento, o un cuento, pero sé cuánto se demora uno en ver una película: entre ochenta minutos y un máximo de tres horas cuando el filme se considera un espectáculo de proporciones. La experiencia de ingresar al mundo visual que Martínez le ha creado a Simón es, sin duda, cinematográfica y lo que se vive no se vive, se experimenta, y el viaje ya deja de ser “literario” para volverse “literal”: *uno* ve el camino, *uno* avanza, *uno* escapa, *uno* está ahí. Uno viaja en tiempo real. Incluso uno se queda un poco más frente a cada cuadro porque al estar detenidos, al no moverse, uno puede fijarse en los detalles.

Esta es mi tercera experiencia en ser adaptado (teatro y cine). En este caso fue más parecido a una adopción. Solo una vez un texto mío ha sido adaptado visualmente y, por algún motivo, no quise involucrarme. Esa adaptación fue *Tinta roja* y, en ese momento, me pareció que lo que correspondía era no participar en nada, menos aún en el guion, y que la película tenía que parecerse más a la visión del director que a la mía. Mal que mal, yo ya había escrito la novela. En este caso, *Road Story* me sorprendió con un largometraje propio a mis espaldas y la experiencia fue tan alucinante como creativa y placentera porque, por un lado, pude participar de una película sin los problemas que, muchas veces, hacen de un largo algo más parecido a una guerra que a una celebración y a un acto de creación. *Road Story*, la novela gráfica, pasó por muchas de las etapas de una película y agradezco a Gonzalo Martínez que me dejara participar y aceptara algo de mi *feedback* y el de Alejandro Aliaga, nuestro editor, que tomó este proyecto desde el inicio (“tengo una idea y tengo el cuento que se podría adaptar”, me dijo almorzando). Así, *Road*

Story fue locacionado, con fotos propias y fotos googleadas; casteado (al final, con Gonzalo quedamos en que Simón tendría algo del Matt Dillon post *La ley de la calle* y *Drugstore Cowboy*, más cercano, en rigor, a su etapa “ya no soy tan joven”, que es como aparece en *Crash* y *Factotum*); y adaptado en el sentido estricto de la palabra: contó con toda la libertad —y de hecho se la tomó— para alterar la historia y dejar de lado la prosa para potenciar los dibujos. Si en algo tuve una participación más activa y estricta fue, por un lado, en apoyar a Gonzalo en que no tomara en cuenta tanto el relato (“no me vas a insultar porque yo ya ni me acuerdo qué escribí ni por qué”) y en borrar, con un grueso lápiz rojo, la mayor cantidad de texto posible. No soy experto en novelas gráficas (aunque cada día leo más y me gustaría alguna vez escribir una directamente), pero sí sé algo de cine y, si bien no soy de aquellos que desprecian los filmes con diálogos, ni siquiera aquellos con voz en off, sí sé que al final una película es imagen, tono y atmósfera, y que para ello no se necesita de palabras.

Road Story me sorprendió en medio de un prolongado desarrollo y la engorrosa preproducción de una cinta que, mientras escribo estas líneas, me entero de que, al final, y tal como lo sospeché hace unos meses atrás, no se filmará en la fecha que deseaba y, tal como sucede en el cine, capaz que nunca llegue a filmarse. Yo espero que sí. Pero a lo que voy: durante estos meses de incertidumbre, poder trabajar de cerca con Gonzalo, recibir por mail sus dibujos, juntarnos durante largas sesiones matinales a revisar el “material filmado”, fue un placer, algo parecido a un sueño, en rigor, pues ver que Gonzalo Martínez, con su lápiz, podía filmar lo

que quería, sin restringirse a horarios, sindicatos, presupuestos o ánimos, fue algo sencillamente envidiable y aleccionador. A veces le comentaba: “aquí sería genial tener un cenital”, y antes de calcular cómo íbamos a levantar el techo o contar con un *hothead*, incluso con tomas desde un helicóptero, el borrador empezaba a tomar vida frente a mis ojos.

Una novela gráfica no es una novela ni es cine ni es un cómic ni es, como dice Gonzalo, arte o plástica. El peor insulto para él, me dijo una vez, es que expusieran sus dibujos. Lo que hace no son “monos” o “viñetas”, pues él se ve a sí mismo como un narrador y, de paso, yo lo veo como un director: el tipo que, a la postre, toma la decisión final. Esta colaboración fue, entonces, una unión de colegas, aunque el verdadero trabajo —todo el trabajo— es de Gonzalo, y me incomoda que mi nombre esté más grande en la portada.

Mirando este libro, esta película impresa, estos dibujos que narran y avanzan, pienso que quizás el paso siguiente es llevar estas peripecias camineras y fronterizas de Simón al celuloide o al digital, quién sabe. Sí sé que es un privilegio ser parte de este experimento, ya no tan nuevo, pero joven, al menos en el idioma español.

Dicen que un viaje es un escape. Siempre. Escapar de lo que sea. De una ciudad, del trabajo, de una persona, de uno mismo. Como posteó un amigo, “se viaja y se deja atrás, se oculta, se deja de ver. Se hace un *restart*”. Simón trata de partir de nuevo en este viaje que está a punto de comenzar. Pero lo que más me intriga es si acaso el verdadero viaje no lo estaremos tomando todos los que leeremos este libro no solo con palabras, o con puros dibujos, sino con la suma de ambos. Algo me dice que este viaje —el

de las novelas gráficas, el de mostrar y narrar a la vez— durará mucho y que el camino, con el tiempo, dejará de estar vacío, y que los lectores que se fueron perdiendo en rutas secundarias podrán incorporarse a esta nueva autopista con la misma emoción y encanto que tiene leer en un cartel caminero, cuando estás llegando a un sitio nuevo: “Bienvenidos a...”.

Bienvenidos entonces a *Road Story* y al viaje de Simón.

*Antofagasta, Chile
Septiembre 2007*

¿CÓMO SIGO?

¿Qué más agregó?

Quizás decir —o reiterar— que el cuento que inspiró todo esto tiene su propia historia. Su *backstage* particular. Tuvo varias versiones o *covers* o capaz que hayan sido *remixes*: se ha llamado “La verdad o las consecuencias” y luego “Road Story” y también “Boomerang”. En dos de ellas, los que viajan y conectan son dos tipos; en *Road Story* y su versión gráfica es Simón y una chica llamada Adriana Tejada. Esa es la versión que terminó ganando y por eso es “Road Story” la que está en *Cuentos reunidos* (aunque “Boomerang” aparece como bonus track). “Road Story” (Simón + Adriana) es por tanto la base de esta novela gráfica. Todo el *making of* de este cuento se encuentra justamente en el prólogo de *Cuentos reunidos* (para los que les gusta la trivía literaria).

Quizás algo más de trivía: por llamarse como se llama, claramente el texto bebe de algunas novelas y las películas camineras e innumerables canciones (casetes, para ser riguroso). Dejo constancia de que este

cuento le debe mucho a cintas como *El pasajero* de Michelangelo Antonioni y puede que también a *Zabriskie Point* del mismo director. Y algo de *El transcurso del tiempo* de Wenders y *Harry and Tonto* de Paul Mazursky. El cuento bebió mucho (o bebí yo) de *My Own Private Idaho* de Gus Van Sant, que la vi el año 92 (River y Keanu por los caminos). Seguro que toda la primera obra de Ray Loriga se coló a este cuento. Sin duda que sí. Me acuerdo de que en uno de esos viajes por el Oeste americano leí *In Patagonia* de Bruce Chatwin. En esos caminos, ya sea en el auto o en walkman, escuché mucho Springsteen y Tom Petty y R.E.M. y Neil Young y Nirvana, claro, además de Michelle Shocked y Tori Amos y Annie Lennox, junto con mucho Pet Shop Boys, Ry Cooder, Jeff Buckley, el primer Radiohead, The Smashing Pumpkins (del tema “1979”, que escuché mucho ese 1995, surge más de lo que estoy dispuesto a confesar), Suede, Blur, George Michael, Mazzy Star, Morphine, *The Future* de Leonard Cohen, James (Dios, qué temazo es “Say Something”), K. D. Lang, Gin

Blossoms y por cierto “Runaway Train” de Soul Asylum (*So tired that I couldn't even sleep / So many secrets I couldn't keep / Promised myself I wouldn't weep / One more promise I couldn't keep*), que quizás debió ser el epígrafe del cuento o de la novela gráfica (junto al trozo de *On the Road*).

Respecto a la película se estaba intentando levantar, usando o siguiendo las reglas del sistema, esta se llamaba *Perdido* y estaba basada en *El empapado Riquelme* de Francisco Mouat. No se hizo y se pudo hacer. Yo por esa época no sabía que se podían hacer cintas fuera del sistema. Ahora sé. No sé si ahora deseo estar fuera, pero eso es otro tema. Sin duda que *Perdido* hubiera bebido de las distintas versiones del cuento “Road Story” y sobre todo del imaginario visual de Gonzalo Martínez.

Un dato trivial más, algo extra, una leve anécdota: un par de años después de que apareció la novela gráfica, terminé un libro llamado *Missing*. Este día feriado que escribo, pienso que esa novela tiene mucho de *Road Story*. El asunto es que por ahí por mayo del 2009 le pedí a mi padre para que me acompañara a Las Vegas, Nevada, para entregarle el manuscrito de *Missing* a Carlos Fuguet, pues el libro era acerca de la familia y de mí, pero el eje y la cara eran mi tío. Quería ver qué opinaba. Que me diera su bendición y su OK. Era un rito de paso. La idea era, luego de cumplir los “trámites literarios” en Las Vegas, viajar con mi padre por el oeste. Eso hicimos: Nevada, Arizona, Utah, Nuevo México. La meta era manejar hacia el Este hasta llegar a Monument Valley, para luego regresar al oeste y hasta el aeropuerto de Los Ángeles para ya volver. Pasamos por pueblos que figuran en *Road Story* (Gallup) y por otros que no (Bisbee, Farmington, Las Cruces). Una de las pasadas y paradas era Tucson. Yo

andaba con dos ejemplares de la primera versión de la novela gráfica en la mochila. La idea no era alojar en el Congress Hotel. Me parecía que no correspondía. No deseaba alojar en el Congress con mi papá. Optamos por un Double Tree en los suburbios del norte de la ciudad, cerca de la autopista 10. Pero, al llegar, al atardecer, invité a mi papá a tomarse un café y quizás un pastel o un burrito hípster o un sándwich en el Cup Café. Dije que tenía que pasar al baño. Fui al lobby y vi un montón de libros arriba de una mesa. Libros en varios idiomas. Libros que dejan atrás viajeros, libros que otros deciden llevar. Dejé un libro ahí. El otro se lo pasé a un chico que estaba en la recepción. Le pregunté si estaba el mánager, me dijo que no. Le dije: yo una vez alojé acá. Me miró como intentando descifrar la inocua confesión. Escribí un cuento y ahora es una novela gráfica y mucho transcurre en este lugar.

—Ah, *cool*.

—Te lo dejo. Para que lo guarden.

Le anoté mi dirección en Santiago. Nunca supe de ellos.

Alberto Fuguet
Santiago, marzo 2025

Simón siente que todo esto es un paréntesis.
Los paréntesis son como boomerangs, cree.
Incluso se parecen. Entran a tu vida de
improviso y seccionan
tu pasado de tu
presente con un
golpe seco y
certero.

Quedas a la deriva,
atento y aterrado,
inmóvil. En vez de
actuar, esperas.

Esperas que el
boomerang se devuelva
y cierre lo que le costó
tan poco abrir.

En el fondo, vives
esperando una señal
que te sirva de excusa.



Acá todo es
exagerado, inmenso,
y el sol te quema
y te seca incluso
cuando estás a
la sombra.



Esta es una tierra para gente que
no se asusta, que no le teme a
geografías y pasiones que excedan
la escala humana.



Lo primero que hizo
Simón cuando se acercó
a la ribera sur del Gran
Cañón fue vomitar.

Cuando piensa en
el Gran Cañón,
Simón piensa
en vértigo.

Cuando piensa en su
fallido matrimonio,
también.





Pero lo hizo.
Ya cancelaron
su tarjeta de
crédito.

